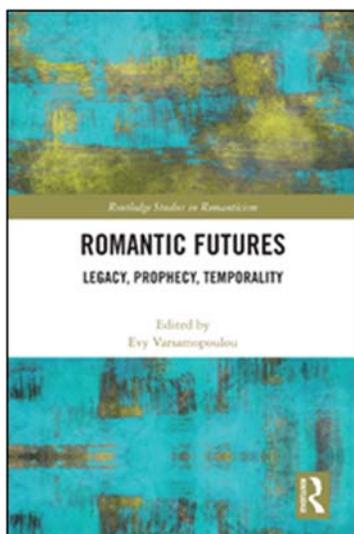

SOBRE *ROMANTIC FUTURES*. *LEGACY, PROPHECY, TEMPORALITY*, DE EYV VARSAMOPOULOU (ED.)

Jerónimo Ledesma
Universidad de Buenos Aires
jledesma@uba.ar



∞

Romantic Futures. Legacy, prophecy, temporality, de Eyv Varsamopoulou (ed.); New York and London: Routledge Studies in Romanticism, 2024; 209 pp.; 978-1-00-332069-2.

Este libro colectivo, editado por Eyv Varsamopoulou de la Universidad de Chipre, viene a cerrar el ciclo abierto por esa misma institución hace una década, cuando fuera sede del congreso internacional sobre el romanticismo y el futuro en 2014. Hay amplio acuerdo de la crítica en que los años del romanticismo, coincidentes con lo que R. Koselleck llamó *Sattelzeit* (“tiempo bisagra” en el paso del siglo XVIII al XIX), fueron escenario de una transformación profunda de la



experiencia temporal occidental. No debemos olvidar que las poéticas románticas pertenecen –y dan forma– a la tumultuosa época de la Revolución Francesa, los movimientos de emancipación nacional, los diversos experimentos de democracia, el inicio de la industrialización europea, la consolidación de la burguesía como clase dominante y la emergencia de la disciplina económica. Es decir, pertenecen a ese momento de cambios sociopolíticos, tecnológicos y culturales radicales en que la pregunta por el futuro asumió dimensiones verdaderamente extremas y cuyas respuestas aún nos interpelan. *Romantic Futures* –con sus nueve capítulos de especialistas provenientes de distintas latitudes, una introducción de la editora y un diálogo final de ella con Maria Varsam– explora la configuración de esa pregunta en un corpus de documentos sobre todo literarios, pero también críticos, filosóficos y políticos, y sobre todo británicos, pero también de otras culturas y lenguas.

Varsamopoulou identifica aportes previos en su introducción. Menciona, entre otros, a M. Löwy y R. Sayre (*Révolte et mélancolie*, de 1992), P. Murphy y D. Roberts (*Dialectic of Romanticism*, de 2004) y Emily Rohrbach (*Modernity's Mist: British Romanticism and the Poetics of Anticipation*, de 2016). Pero singulariza *Romantic Futures* por el enfoque comparativo y los marcos teóricos plurales que dispone para el análisis del tema. Es cierto que la práctica comparatista del libro es moderada, que su centro de gravedad es la literatura y que el romanticismo de que trata es fundamentalmente inglés, pero estas delimitaciones no impiden el trabajo con otros materiales ni que se ensayen conexiones entre el futuro pasado del romanticismo y los candentes interrogantes de la actualidad.

Detengámonos en este último punto, la relevancia del libro para el presente. Son conocidas las reflexiones sobre el futuro y su estatuto dañado, sobre su pérdida y fragilidad, sobre el debilitamiento del impulso utópico y su captación por la derecha. Los libros de Mark Fisher, Franco Berardi, Ezequiel Gatto, Alejandro Galliano, entre otros, una serie de artículos en revistas, especializadas y de público general, eventos académicos transversales, dan una pauta de la medida de estas preocupaciones futuroológicas, que se enlazan dilemáticamente con la vocación capitalista de hacer del presente una novedad incesante y con la ambición de producir nuevas tecnologías y conocimientos que infiltren la vida cotidiana en sus más íntimos recovecos.

Explícitamente, *Romantic futures* quiere hacer valer su estudio del futuro pasado como contribución crítica a este interés renovado por lo que Wells atractivamente llamó, en el título de una novela, “the shape of the things to come” (“la forma de las cosas venideras”). Su relevancia residiría en los ecos, los paralelismos, las filiaciones, también las distancias y abismos, que produce la relectura del *Sattelzeit* romántico en las inquietudes contemporáneas (las inquietudes, por ejemplo, sobre el cambio climático, el impacto de la transformación tecnológica, las crisis mundiales recurrentes) y también en que los trabajos actuales brindan herramientas y categorías, como la de “futurabilidad”, para comprender mejor el siglo XIX y las tendencias utópicas o transformadoras nunca concretadas.

Siendo este un libro que viene después de la extensa revisión crítica del romanticismo como “ideología” en el mundo académico, la pregunta por la relevancia de los futuros románticos no podía consistir, desde luego, en la mera afirmación de su ejemplaridad. Si el poeta romántico como figura cultural fue una respuesta histórico-ideológica al avance de la industrialización, y el estatuto cuasidivino otorgado a la imaginación y al genio fue una hipérbole de esa reacción humanista ante la vida moderna, ¿qué valor puede tener para nosotros hoy, para nuestras perplejidades, la recuperación de un conjunto de ilusiones perdidas?

En este punto, una de las saludables perspectivas del libro reside, justamente, en no leer de forma lineal –es decir, bajo el paradigma de un tiempo histórico que sólo se mueve como una

flecha hacia delante— la relación que nuestro presente guarda con la época romántica. En ese sentido *Romantic Futures* rechaza tanto la tentación de erigir el romanticismo en maestro del siglo XXI como la de suponer que el desencanto actual se explica como mera pérdida de las ilusiones del XIX, a la manera de un ingreso en la sobriedad y la vida adulta que dejó atrás una infancia romántica. Por el contrario, invita a releer en la época del *Sattelzeit* negociaciones entre la afirmación de un horizonte utópico y la experiencia de fracaso de proyectos de futuro sugiriendo que esas negociaciones no son ajenas a la estructuración conceptual de nuestro presente. Así, sostiene Varsamopoulou, que el paso de la utopía a la distopía del que habla Berardi en *Después del futuro*, “fue, al menos parcialmente, una repetición del entusiasmo embriagador por una idea de futuro fuertemente influenciada por la imaginación utópica en los primeros días de la Revolución Francesa. El futuro se anuncia de este modo como una experiencia extática del presente que ya participa de un futuro utópico” (4).

En los artículos hay, además, provocativas comparaciones entre fenómenos de la época romántica y otros de la nuestra, que sugieren genealogías, filiaciones, legados y esquemas de interpretación comunes o afines. Naji Oueijan, Profesor de la Universidad Notre Dame en Beirut y autor de estudios sobre mitología y religión en el romanticismo inglés, encara una de las más sostenidas comparaciones de este tipo al sugerir puntos de contacto entre el ciberespacio en sus distintas manifestaciones y el espacio sublime de la imaginación romántica; Oueijan considera, por ejemplo, que, más allá de la cuestión tecnológica, ambos dominios se representan como lugares y tiempos fuera del lugar y el tiempo. Por su parte, Mary-Antoniette Smith, Profesora en la Universidad de Seattle, especializada en Literatura del Siglo XIX y estudios de género, expone estrategias pedagógicas creativas y entusiastas —las suyas, las empleadas en sus clases— para “liberar nuestros textos canónicos occidentales de manera que reflejen los valores, las preocupaciones y las identidades de los y las estudiantes como lectores y lectoras de hoy en día” (48). Adoptando una perspectiva de intenso compromiso con valores éticos y la defensa de las minorías, Smith narra los modos en que estimula al aula a encontrar paralelos y marcos interpretativos transhistóricos que permiten leer a Malcolm X o Martín Luther King con Wordsworth o Percy Bysshe Shelley. La propia Varsamopoulou, en uno de los mejores artículos de la colección, apela al concepto de “posverdad” (112) cuando revisa la imagen de María Antonieta y pone en perspectiva el texto que publicó Mme. De Staël en defensa de la reina. El concepto de “posverdad” —término acuñado para referir a las actitudes negacionistas partisanas y a la deflación de la autoridad de la verdad por efecto de la construcción de sentido en los medios del siglo XX— serviría para comprender los fenómenos discursivos prerrevolucionarios en el momento de la eclosión de la cultura impresa popular. Son todos planteos discutibles y controvertidos y, por eso mismo, estimulantes.

Otro acierto del libro, que se suma a la decisión de no adoptar una visión lineal de tiempo histórico, es el esfuerzo de sus colaboradorxs por describir las construcciones pasadas de futuro en su complejidad, exponiendo contradicciones y aparentes paradojas. En esta línea están varios de los textos que se centran en un autor o una autora, como el de Steve Clark sobre James Macpherson. Clark, profesor visitante en la Universidad de Tokio y especialista en William Blake y relaciones interculturales, indaga una construcción de futuro como canto elegíaco y memoria a partir de la figura del bardo Ossian, y sostiene que el esquema de tradición en la pérdida que organiza la célebre colección tuvo una descendencia vasta en el romanticismo y el pensamiento nacionalista. La complejidad de la representación del futuro puede leerse también en los textos de Anna Fancett (Profesora en las universidades de Xi’an Jiaotong and Sultan Qaboos), quien estudia la función de

las visiones y profecías en las novelas históricas de Walter Scott, de Stephen Bygrave (estudioso de Coleridge y Priestsley de la Universidad de Southampton), quien repone las relaciones entre el milenarismo protestante de Joseph Priestsley y el tiempo revolucionario, de Alex Watson (estudioso de la recepción del romanticismo europeo en Asia), quien estudia la recepción de *Queen Mab* de P. B. Shelly, y en particular sus notas como un mensaje para el futuro, de Maria Varsam (profesora de la Universidad del Peloponeso), quien investiga la modalidad distópica en Mary Shelley como una específica forma de preservar “el impulso utópico como un valor central indispensable y una parte intrínseca de su visión de futuro” (148).

Si de honrar la complejidad se trata, el texto de Paul Hamilton, “Romantic Temporalities”, merece mención aparte, en tanto explora algunas de las “muchas maneras en que los románticos europeos contemplaron el futuro” y, en una vena afin a la de Paul de Man en “The Rethoric of Temporality” (1969), exhibe la conciencia epistemológica que los románticos ya tenían respecto de los problemas variados del tiempo moderno. Autor de *Realpoetik: European Romanticism and Literary Politics* (2013) y del experimental *Orientation in European Romanticism: The Art of Falling Upwards* (2022), Hamilton estudia, entre otras cosas, las formas no lineales en que los diseños de futuro de una experiencia particular, como en *The Prelude* de Wordsworth o *The Triumph of Life* de Percy Shelley, se ligan con los diseños colectivos progresivos, estableciendo formas de historia que no se pueden subsumir en la oposición simplificada Revolución/Restauración. Entre las fuentes filosóficas que recupera Hamilton destacan Rousseau y Kant, el primero por el modelo experiencia de la *reverie*, que elude la linealidad del progreso y propone un modelo no solipsista de individualidad, y el segundo por la definición del tiempo como forma del sentido interno, un principio que habría sido empujado más allá de Kant por el romanticismo. Tanto Rousseau como Kant habrían servido de fundamento para un trabajo en la estética que a la vez que produjo conciencias temporalizadas, formas tramadas como experiencias concretas del tiempo, postuló una existencia irrepresentable: el romanticismo, en los poemas de Wordsworth, Shelley o Hölderlin, habría mostrado la conciencia en “un esfuerzo por evitar pertenecer a sus apariencias” (182). Los *spots of time* (puntos, focos o lugares de tiempo) de Wordsworth, uno de los tópicos recurrentes en el análisis de la temporalidad romántica, no son “símbolos ni alegorías de nada” (209). Para Hamilton el asunto es que “puedan ser recordados y, por tanto, que pueda evocarse la vida espontánea a la que pertenecen” (209).

Para quienes estudiamos este tema, el libro es un valioso aporte por la búsqueda de categorías interpretativas que aspiran a explicar, justamente, las complejidades de la representación y la conceptualización temporales. Esto es especialmente visible en las consideraciones de Varsam y Varsamopoulou respecto de Mary Shelley y su obra *The Last Man*, que renovó el interés de lectores y académicos durante la pandemia por COVID 2019. La visión de futuro de esta ficción, al igual que la de *Frankenstein*, ha sido conceptualizada con alguna frecuencia como únicamente de tipo pesimista, incluso reaccionario. Pero en los capítulos de estas autoras en *Romantic Futures* se refuta la tesis llana del pesimismo y se proponen categorías que reflejan con mayor rigor la problematicidad del futuro que inscriben. Varsamopoulou acuña la de “utopismo trágico” (121), tanto para Mary Shelley como para los otros casos que analiza y que ve respondiendo a la difícil pregunta de “qué tipo de escritura es factible tras la desaparición de los ideales revolucionarios y la muerte de sus paladines más carismáticos” (121). Varsam sostiene que *The Last Man* es una distopía, pero considerando que las distopías funcionan “performativamente” advirtiendo de “los rasgos potencialmente peligrosos del mundo actual” (153), es decir, de forma utópica. Las

investigadoras unen sus voces y retoman el asunto de la conexión entre utopía y romanticismo en el texto final “Afterword(s): Garland of Fragments: Romanticism and Utopia in Dialogue”, donde revelan que su diálogo sobre *The Last Man* las condujo en primera instancia a realizar un congreso en 2014 y publicar este libro diez años después. Este capítulo final, que homenajea el imperativo fragmentario de Jena, rechaza de plano los encuadres de la utopía temporal como una forma de representación del futuro objetivo y por lo tanto como una forma susceptible de falla o de equivocación, y coloca en el centro el papel de la imaginación para diseñar futuros deseados: “no se trata de predicciones [...] sino de sueños deseables y acciones apropiadas para realizarlos. En este sentido, no existe el fracaso, sino el proceso continuo, necesariamente defectuoso, pero, no obstante, fiel a la posibilidad” (198).

El estudio del futuro tiene ya muchos años de existencia e involucra a diversas disciplinas, tanto a las que se proponen incidir en el mundo venidero como a las que interrogan la naturaleza misma del fenómeno, su historia o sus representaciones. En un artículo de 1989, “And that was the future. Futures, futuribles, previsions, Progonosen”, F. I. Clarke identificó hitos que marcaron el creciente interés por anticipar el futuro por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial. En efecto, la opacidad de las consecuencias que podían tener los desarrollos tecnológicos después de Hiroshima y Nagasaki, estimularon, como recuerda Clarke, la emergencia de asociaciones y centros de investigación con fines futuroológicos. Arreciaron también las publicaciones académicas sobre el asunto, a la par que la ciencia ficción ganó un lugar cada vez más amplio como forma de imaginación, y el futuro acabó asegurando un lugar de privilegio en los medios periodísticos.

Hoy el futuro no es novedad, pero no solo porque su estudio ya tiene historia, sino más gravemente tal vez porque el propio presente parece estar pensado y diseñado como futuro. El capitalismo mundial ha encontrado formas muy eficaces, micropolíticas, para convertir el pasado en un archivo homogéneo, maleable y ficcional, y el presente en una conversación amnésica que se autofigura como un impulso constante hacia delante. La invitación rigurosa de *Romantic Futures*, más allá de los intereses específicos de los académicos, pero gracias a la persistente búsqueda de la verdad de los académicos, es una apuesta por devolverle a la imaginación una función política que no se agote en el ritmo temporal del capitalismo y que permita devolverle al futuro su esencial impredecibilidad y su apertura.